LA FE DE GOUNOD

Carlos Francisco Gounod fue un gran músico francés que murió en 1893. Gran compositor de óperas. Por algún tiempo compuso obras religiosas: varias solemnes, dos grandes Oratorios y su célebre «Ave María». Y es que, en medio de los triunfos de sus óperas, nunca se olvidó de que había estudiado Teología en el Seminario.

Pero pocos saben que compuso también una suave melodía para la Primera Comunión del niño de un amigo suyo, titulada «El Cielo ha visitado a la Tierra», y lo que poco después de su estreno sucedió.

Cuando la ceremonia terminó y los comulgantes, familiares y amigos hubieron salido a la calle, Gounod fue a felicitar al niño, mas el padre de éste se adelantó diciendo:

–Hijo mío, este señor ha compuesto este precioso canto que has oído al ir a comulgar. Ahora que has recibido la bendición de Dios y del señor Cura, pide al señor Gounod que también él te bendiga...Iba el niño a arrodillarse ante Gounod, pero éste le detuvo diciendo...

–No, hijo mío, soy yo más bien quien hoy se ha de arrodillar ante ti... Hoy no soy digno de desatar la correa de tu zapato... Tú que llevas en el corazón a Dios, eres quien debe bendecirme a

mí... Y el gran maestro se descubrió la cabeza, se arrodilló a los pies del niño, y tomándole su mano derecha menudita se la levantó en ademán de bendición.

El pobre niño, sorprendido, miró a su padre, vio que éste lloraba de emoción y se puso a llorar también...

(«Hojas Marianas».- Cáceres)

UN VIAJERO EXPLORADOR

Una tarde del año 1911, el célebre explorador de África, Ernesto Maravel, se encontró en Lourdes con Madamme Boves, prima suya, acompañada de sus dos hijos Pedro y Javier.

Años hacía que no los había visto y los invitó a su mesa.

Amenizó la comida con la charla de sus viajes, cuyo relato seguían los muchachos con viva curiosidad... y entusiasmo creciente. Sólo un punto negro veían: la soledad

–No creáis. Yo siempre he ido acompañado.

Y Maravel, emocionado, les mostró un rosario de cuentas relucientes y engarce muy gastado por el uso.

–Ved el compañero inseparable de mis viajes. El día que salí del colegio, un padre me lo regaló diciendo:

–Toma este compañero fiel, tu mejor amigo. Guárdale fidelidad.

Y cumplí la palabra. El fue mi sostén y ayuda en todas mis empresas de viajero explorador. El me dio valor en los trances difíciles y nunca tuve miedo ni a la muerte, que la vi muy cerca en más de una ocasión.

Concluyó su charla de sobremesa diciendo a los muchachos:

–Como recuerdo de esta tarde, voy a regalaros un rosario. Mi deseo es que sea para vosotros, como lo fue para mí, compañero inseparable.

Ernesto Maravel se despidió de su prima y sobrinos.

Pasaron varios años. Tocaba a su fin la primera Guerra Europea. Y un día de abril del año 1918, en el sector de Amiens, un grupo de soldados franceses asaltaba las trincheras de Santerne. Al frente iba su oficial, rosario en mano y gritanto a sus soldados:

–Adelante: la Virgen nos acompaña.

Un fuego en abanico de ametralladora le dejó allí tendido. Era Pedro Boves.

Meses después, entre los escombros de un avión de caza, se encontró la masa informe del cadáver del piloto. Sólo una mano quedaba intacta... y apretaba un rosario. El piloto era Javier, hermano de Pedro, sobrino de Maravel...

(Revista «Ave María».- Barcelona)

EN UN PUEBLO MADRILEÑO

Érase en un pueblecito madrileño, de los primeros que reciben las finísimas aguas del río Lozoya; se llama Robledillo. Viven en él dos hermanos: Carmencita y Rafael. Carmen, una rubia de ojos azules que llama la atención de cuantos la ven por lo salada e inocente que es. Rafael, un chiquillo valiente que, apenas se propone una cosa, la realiza por muy costosa que sea.

Los dos asistían a la escuela mixta que había en el pueblo. Su maestra los quería mucho, como a todos los demás niños de la escuela.

Un día Rafael faltó a clase. Carmencita, al ser preguntada por su maestra, dijo:

–Está enfermo.

Salieron de la escuela y no tardó la maestra en ir a ver a Rafael, que se hallaba en la cama.

–¿Qué te pasa, Rafael? ¿Qué tienes que estás en la cama?

–Tiene calentura, –contesta su madre.

–¡Vaya, vaya, yo que no quería que este mes me faltase nadie a la escuela! Echará de menos la Virgen tu Rosario.

–¡Sí; si usted viera! Desde que les ha contado usted las apariciones de la Virgen de Fátima y les pedía a los niños que rezaran el Rosario, buena nos ha caído. Todos los días lo rezan los dos; y en

cuanto empiezan, no nos queda otro remedio que rezar con ellos. Un día les dije yo que no podía entretenerme porque tenía mucho que hacer. Ellos callaron; empezaron su Rosario y donde yo iba, allá iban ellos rezando. Me pusieron de mal humor, pues me dolía la cabeza, y les mandé que salieran al corral. Obedecieron; pero cada vez rezaban más fuerte para que yo lo oyera desde donde estaba. ¿Qué le parece?

La maestra miró a los niños con una sonrisa en los labios, y dijo:

–Entonces no echará de menos la Virgen el Rosario de Rafael.

Y al salir de la casa fue pensando... «¡Qué sonrisas harán brotar de los labios de la Virgen estos Rosarios!... ¿Por qué no serán todos los niños y niñas así...?

(«Lyceum».- Cáceres.)

JOVEN UNIVERSITARIO

Un joven universitario se sentó en el tren frente a un señor de edad, que devotamente pasaba las cuentas del rosario.

El muchacho, con la arrogancia de los pocos años y la pedantería de la ignorancia, le dice:

–Parece que todavía cree usted en esas antiguallas...

–Así es. ¿Tú no?

–¡Yo! –dice el estudiante lanzando una estrepitosa carcajada–. Créame: tire ese rosario por la ventanilla y aprenda lo que dice la ciencia.

–¿La ciencia? –pregunta el anciano con sorpresa–. No lo entiendo así. ¿Tal vez tú podrías explicármelo?

–Déme su dirección –replica el muchacho, henchido de importancia y en tono protector–. Le mandaré algunos libros que le podrán ilustrar.

El anciano saca de su cartera una tarjeta de visita y se la alarga al estudiante, que lee asombrado: «Louis Pasteur. Instituto de Investigaciones Científicas de París.»

Calcúlese el sonrojo del insolente estudiante. Se había ofrecido a instruir en la ciencia al que, descubriendo la vacuna antirrábica, había prestado, precisamente con su ciencia, uno de los mayores servicios a la Humanidad.

Pasteur, el gran sabio que tanto bien hizo a los hombres, no ocultó jamás su fe ni su devoción a la Virgen. Y es que tenía, como sabio, una gran personalidad y se consideraba consciente y responsable de sus convicciones religiosas. Sólo los gregarios, los vacíos, se dejan llevar del viento de la opinión.

(«María Milagrosa».- N.º 48)

¿SER SOLO CIEGO?

Recuerdo la explanada del Rosario, en Lourdes, un sábado de octubre consagrado a María.

Decenas de millones de enfermos, venidos de todos los países, repetían en todas las lenguas las palabras del sacerdote.

Y las invocaciones de aquel inmenso pueblo de enfermos y abandonados subía como incienso a la Virgen purísima de Lourdes para que intercediese ante el Señor:

–Señor, que vea.

–Señor, que oiga.

–Señor, que ande.

–Señor, una palabra y quedaré curado. Y tuve vergüenza de ser solamente ciego.

Salvaneschi

EL ESCAPULARIO AZUL

Así se llama corrientemente al escapulario de la Inmaculada Concepción.

Se puede llevar a la par de cualquier otro y basta que sea bendecido e impuesto por un sacerdote facultado para ello.

Quien lo lleva se propone honrar el privilegio de la Concepción Inmaculada de María y rogar por la conversión de los pecadores.

Ha sido aprobado e indulgenciado muchas veces por los Romanos Pontífices. Y tiene su origen en la revelación hecha a la fundadora de las Religiosas Teatinas, Madre Úrsula de Benincasa, el 2 de febrero de 1616.

Se cuenta del obispo mártir de Barcelona Mons. Manuel Irurita, que un Hermano lego de cierta comunidad de Badalona, quedó admirado al contemplar su pectoral.

–¿Le gusta? –preguntó el Obispo–. Pues mire, tengo otro pectoral todavía más hermoso.

Y, desabrochándose la sotana, mostróle el santo escapulario, mientras decía sonriente:

–He aquí mi mejor pectoral.

No es ninguna superstición llevar el pecho defendido con el santo escapulario. Es una devoción más, hija de la fe y la piedad. Llevémoslo siempre, hasta la muerte.

(«Medalla de Medallas».- N.º 294).

CUENTA UNA RELIGIOSA

Kent es un niño de cuatro años, de origen sueco. Sus padres son protestantes; sólo temporalmente asistirá el niño a uno de nuestros Colegios.

Necesitando un día ausentarse, suplican los padres del niño que le retengamos con nosotras hasta la noche.

Ya todos sus compañeros se han marchado; para evitar que se entristezca, su Profesora ha salido con él al patio y le entretiene jugando al balón.

Pero suena la campanilla tocando al rezo. Es Primer Viernes y habrá Exposición mayor. La Profesora del niño le entrega el balón y le indica amablemente:

–Mira: ahora vas a jugar un ratito tú solito, porque yo me tengo que ir.

–¿A dónde vas?

–Tengo que ir a la Capilla con todas.

–Quiero ir contigo.

La religiosa le toma de la mano y le conduce con ella al lugar sagrado.

El niño sigue con interés la ceremonia. Cuando terminó, se nota que le ha llamado la atención el ruido de la llave al cerrar el Sagrario.

–¿Quién hay en aquella casita?

–¡El Niño Jesús!

–¿Por qué lo cierran...?

Deseosa de evitar explicaciones en aquel sitio, se limita a contestarle:

–Porque lo quiere su Padre.

Kent mira con angustia al Sagrario y pregunta con marcada ansiedad:

–¿Y no vendrá su Mamá a abrirle la puerta?

(«Misiones Franciscanas».- Aránzazu)

ME REZARÁ UN AVEMARÍA

–Señora, voy a París, ¿se le ofrece austed alguna cosa?

Así le decía un caballero, asaz de negligente él en el servicio de Dios y casi, casi incrédulo, a una señora, amiga suya.

–Sí señor: una visita a una Señora muy querida mía.

–Con sumo gusto, señora.

–Pues irá usted a Nuestra Señora de las Victorias y... me rezará un Avemaría.

–Lo haré como dice.

Y al tornar de París, el caballero le dijo:

–Señora, cumplí su encargo. Recé primero por usted y luego por mí; porque me conmovió tanto aquello, que hube de confesarme...

* * *

Un coronel del ejército francés refiere el hecho siguiente:

«Herido de un lanzazo en el muslo, aguardaba yo la llegada de los camilleros. No lejos de mí yacía uno de mis soldados con una gran herida en la cabeza. Y sacó éste del bolsillo una crucecita de plata, comenzando a recitar el Avemaría en

latín... En esto, se oyó una voz que respondía: **Sancta Maria, Mater Dei...**

Mi buen soldado volvió la cabeza y descubrió a otro soldado al lado, herido mortalmente como él. Era un alemán que le miraba con sus grandes ojos azules.

El francés reflexionó un instante y, luego, alcanzó con la mano el crucifijo a su enemigo, ya casi agonizante. Lo tomó el alemán, lo besó con fervor y se lo devolvió. Ambos se dieron la mano, y dijo aquél:

–Podemos morir en paz: hemos cumplido con nuestro deber.

–Partimos –respondió el otro– para un país donde no se conoce el odio...»

* * *

Agonizando estaba una pobre madre. Junto a su lecho, con el corazón oprimido, estaban sus hijos. El menor, de cuatro años, que no comprendía aún qué es eso de morir, le preguntó a su madre con la ingenuidad del infante:

–Mamaíta, ¿es verdad que no volverás a cantar más?

A estas palabras del hijito, la moribunda madre recogió las fuerzas que le quedaban y, con último esfuerzo, empezó a cantar:

–¡Venid, alabemos a María...!
¡Y es todo lo que pudo vivir!

* * *

Convicto de varios crímenes, estaba un reo en capilla, aguardando el momento en que había de ser llevado a la silla eléctrica. El celoso capellán había hecho los esfuerzos imaginables para inducirle a recibir los Sacramentos; todo había sido en vano.

–Márchese, ¡déjeme solo!

Y el sacerdote, lleno de cordial compasión, dirigió una oración rápida, pero ferviente, a María. Y dijo al infeliz reo:

–Me iré, pues usted lo desea; con todo quisiera antes pedirle un favor.

–Bien, ¿qué es?

–Digamos los dos juntos un Avemaría...

Comenzaron a rezarla y, a las primeras palabras, la gracia del arrepentimiento invadió aquel corazón. Con lágrimas en los ojos pidió el Sacramento de la Penitencia y la absolución de sus pecados.

Y murió en santa paz con Dios, el rosario en las manos, el dulce nombre de María en los labios.

La Santísima Virgen María dijo un día a santa

Matilde, que no podía dirigirle salutación más grata que el AVEMARIA.

Un día y otro día reza, con fervor, el Avemaría.

Alfonso GONZALEZ, C. M. F.
(«Iris de Paz.».- N.º 2.511–

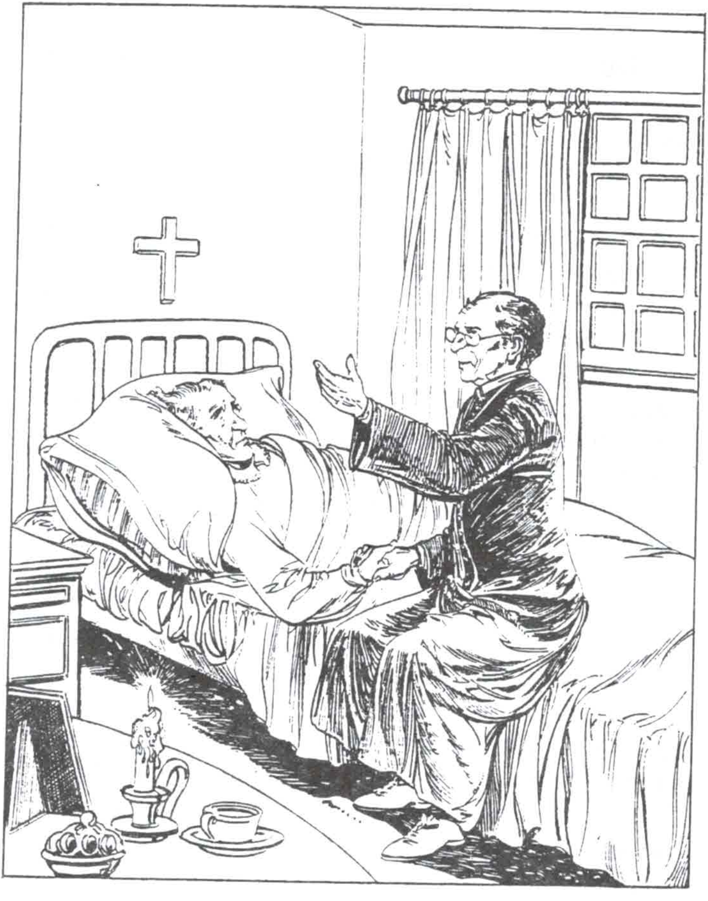
POR QUIEN SONABAN LAS CAMPANAS

Durante un retiro en nuestro convento, el sacerdote contó un hecho que me afectó profundamente.

«Un día me llamaron desde un hospital donde un hombre muy enfermo deseaba hacerse católico. Después de los saludos usuales, le pregunté por qué deseaba convertirse.

»Bien, padre, la historia empieza hace tiempo, repondió. «Un verano, hace más de 50 años, yo trabajaba en una granja. El propietario y su familia trabajaban duro en los campos, pero cuando sonaba una cierta campana, todos se paraban y rezaban. Puesto que yo no sabía cómo rezar, seguía trabajando. Una tarde, el granjero me dijo que, ya que yo no quería rezar, por lo menos que dejase de trabajar. Después de esto, me paraba y pude oír estas palabras: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte».

«Más tarde, encontré trabajo en la ciudad, pero tan pronto como oía sonar campanas, recordaba: «Santa María, Madre de Dios...» Finalmente se convirtió en oración y la Madre de Dios debe de haberlo oído. Padre, no descansaré hasta que me haga católico.»



«Lo recibí en la Iglesia y tuvo una muerte feliz.»

La historia me impresionó tanto porque hace más de 50 años yo enseñaba cerca de aquella granja. Cada mañana y tarde yo tocaba la campana del Ángelus. Por la tarde, uno de mis alumnos tocaba la campanilla mientras nosotros rezábamos en clase. Poco pensaba yo que Dios utilizaba nuestra campana del Ángelus para llamar a salvación a una de sus almas.

(Hna. M. Vincentia Rogge)

FERVIENTE DEVOTA DE LA VIRGEN

Las agencias trajeron la noticia. Una joven de veinte años de Tenerife, había sido elegida «Miss Europa 1970». Era el 15 de septiembre. Ya el año anterior había quedado «Miss España».

Un periodista la entrevistó:

–Dime, Noelia. Cuál es el momento más feliz de tu vida. Supongo que éste en que te han coronado reina, ¿verdad?

–No, no. El día más feliz de mi vida fue el de mi Primera Comunión...

–Pues ¿cómo ibas vestida?

–Iba vestida de novia.

–¿Y cómo te gustaría casarte?

–De Primera Comunión. Si, me gustaría casarme de blanco...

Noelia, «Miss Europa», había sido sincera. Ella nunca había sido tan feliz como el día de su Primera Comunión... Ella tenía la ilusión de vestir de blanco, el color de la pureza...

Es que Noelia es devota de la Virgen. Ella se ha postrado muchas veces a los pies de su Virgencita la Candelaria, Patrona de Canarias, y en su regazo de Madre ha aprendido que hay algo más grande e importante que un Concurso de Be-

lleza y es la blancura del alma. Ella es devota de la Virgen, joven y hermosa. Por algo es española.

No hay medio mejor para conservar la pureza que acercarse al Corazón Inmaculado de nuestra Madre, donde se aprende a amar a Dios y a los hombres con la sencillez y pureza de un niño de Primera Comunión.

(«María Milagrosa».- N.º 45)

TE AMO... CON TODO TU CORAZÓN

Carlitos está enfermo.

La fiebre sigue subiendo desde hace tres días y el doctor no puede diagnosticar aún...

Su madre, inclinada sobre la camita, espía la menor señal de mejoría. Está preocupada.

Carlitos se da cuenta, a pesar de sus cinco años escasos, de la abnegación de su madre, porque echándole los brazos al cuello le dice muy bajito:

–Te quiero con todo «tu» corazón.

–Hijo: Tienes que decir con todo «mi» corazón.

Y Carlitos, que sabe bien lo que quiere decir, rectifica a su vez:

–No, madre, porque tu corazón es más grande que el mío chiquitito...

¿Verdad que es encantador?

Aquí tenéis una hermosa plegaria a la Santísima Virgen para los días en que no seáis capaces de rezar:

–Amo a Jesús con todo tu Corazón, Madre mía, porque es más grande y sabe amar mejor que el mío.

Nuestra Señora está continuamente inclinada sobre nosotros, sus hijos, sigue nuestras luchas,

ve nuestras imposibilidades... No pide más que le dejemos suplir aquello que no podemos hacer.

(«Para nosotras»)

LA VIRGEN Y EL MELOCOTONERO

Deseando hacer proselitismo, un pastor protestante se acercó a un campesino que trabajaba en plantar un melocotonero. Tras saludarle, le preguntó si había oído el sermón de su párroco el domingo anterior en la misa dominical. El labrador dijo que sí y que le gustó mucho porque había sido una exhortación a venerar a la Virgen María, Madre nuestra. Entonces el pastor respondió con palabras de menosprecio sobre el culto a la Virgen.

El labrador, sereno, le interrumpió:

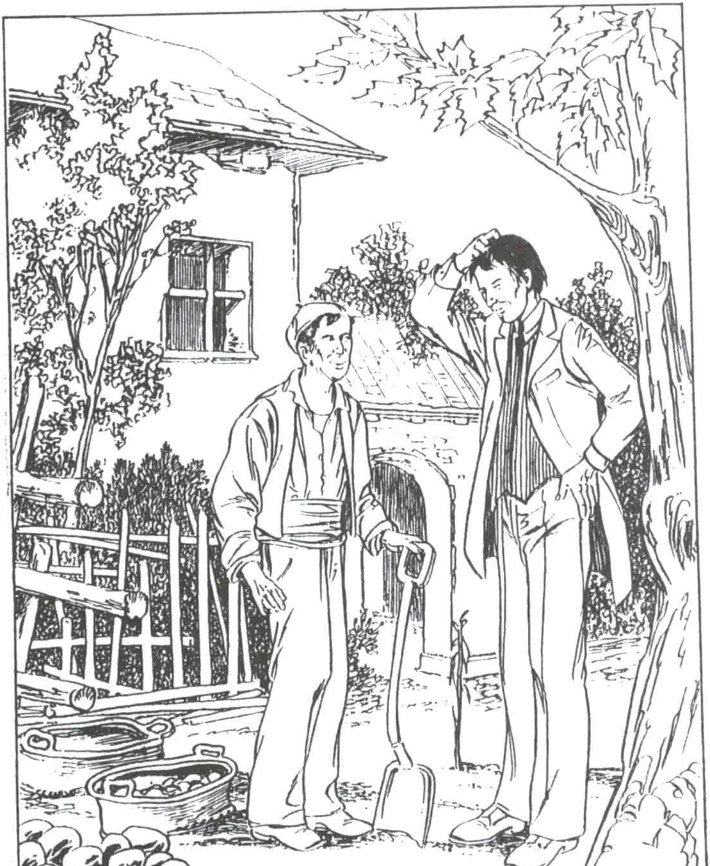
–¿Le gustan a usted los melocotones?

–Sí... claro que sí... ¿pero a qué viene eso ahora?

–Lo comprenderá en seguida. Quien quiere los melocotones tiene que querer también al melocotonero; quien ama el fruto tiene que estimar también la planta. E igualmente: quien de verdad ama al Hijo no puede despreciar a la Madre; es decir, quien ama bien al Señor, por fuerza tiene que amar y venerar a la Virgen.

El pastor no supo qué responder al sencillo pero acertado y piadoso argumento.

(«Miriam».- Sevilla)



APÓSTOLES MINÚSCULOS

La nena se llamaba Luisita; asiste a un Patronato, pero no está bautizada.

Sus padres son indiferentes y no han pensado en ello. Luisita tiene apenas siete años, pero es muy inteligente y no pide más que amar a Dios con todo su corazón. Un día, la Hermana del Patronato refiere la hermosa historia de la Medalla Milagrosa y distribuye hojas que explican el dibujo de la Medalla y el significado de los signos. Luisita se emocionó mucho ante el deseo de la Santísima Virgen. Recibió la medalla de aluminio, y desde que la lleva siente nacer en ella un gran deseo de recibir el Bautismo y apremia con súplicas a sus padres; tanto que un día su mamá acaba por decirle:

–Bueno; si tanto te ilusiona el Bautismo, serás bautizada.

La nena salta de alegría, pero su mamá quiere hacer las cosas de una vez.

–Prepararemos un convite y además te compraré la medalla conmemorativa, como se hace con los que se bautizan.

–Sí, sí, mamá; pero ha de ser precisamente como ésta; yo no quiero otra.

Esta medalla no es bonita; la que yo te compraré será mucho más bella.

Efectivamente, van a casa de un joyero, que les presenta sus más artísticos y bonitos modelos.

La niña los examina atentamente y resuelve enérgica:

–¡No, no! Esta no es la que la Santísima Virgen ha dicho que llevemos; es ésta, y ha prometido que a los que la lleven concederá el cielo.

(«María Milagrosa».- N.º 46)

SEÑORA DE NUESTROS AMORES

A Margarita Occhiena la destempló una fulminante pulmonía. Luchó con ella una semana para expirar el 25 de noviembre, de madrugada, del año 1856.

¿Quién encontrará a la mujer fuerte?, se pregunta el Libro de los Proverbios. Su valor es superior al de las perlas. Echenle un vistazo a ese capítulo treinta y uno del jugoso libro sapiencial. Todo lo tuvo aquella apasionante campesina: las manos hacendosas, la lengua prudente y bondadosa, el corazón anchuroso, como la ondulante campiña piamontesa.

Aquellos tiempos de política enconada y ollas de grillos, eran propicios para que los centenares de chicos amparados por Don Bosco, se organizasen en fingidos batallones que estallaban de alegría juvenil. En una de aquellas reyertas, Margarita vio con desolación que su recoleto huertecillo quedaba arrasado, dañado de muerte.

–Juan, hijo mío, no puedo aguantar más. ¡Ay, mi casita de I Becchi! Me iré allá a terminar mis días en paz...

Don Bosco toma cariñosamente las manos de su madre, las aprieta, las une; ambos dirigen una mirada delatora al crucifijo pendiente de la pared. Resultó suficiente. Fue el único desmayo de

aquella anciana invencible. Murió a los 68 años. Todo quedó desolado y marchito en la casa de Don Bosco. Acongojado, se fue a la Consolata. Siempre le había gustado orar al santo en aquella iglesia turinesa. Se postró ante la celestial Señora: –Ahora ocupa Tú este vacío. Mis hijos y yo necesitamos una Madre. Todos te los confío. Protégelos ahora y siempre.

María Auxiliadora llenó con creces aquel vacío. Ella es siempre y lo seguirá siendo, causa de nuestra alegría, Señora de nuestros amores. A veces, contemplando la imagen de la Virgen de Don Bosco, nos vemos obligados a pronunciar las palabras que el santo pronunció ante el cuadro que Rollini pintó a su madre en 1855: –Es exactamente ella... Solamente le falta hablar.

Juan Manuel ESPINOSA

SIN UNA MANCHA

Lo relató el periodista y sacerdote francés Pierre L'Ermite, a quien ahora ha dedicado una calle la ciudad de París, en uno de los últimos artículos que salieron de su pluma:

«Entré un día en Venecia en una cristalería de renombre. Quería adquirir un búcaro de valor para una capilla de la Virgen.

«El director del establecimiento, tras escuchar mi petición, me enseñó un vaso más bien sencillo, pero de una limpieza perfecta. Y aún le veo ahora, ante mí, clavando sus uñas en el cristal...

«Ni una mancha –me dijo con sus ojos de artista iluminados, orgulloso de su obra–. ¡Cuánto le gustará a la Virgen!

«La limpieza... La Virgen posee esa y otras muchas bellezas, ciertamente. Las letanías a ella dedicadas no son gritos a través de los cuales la Iglesia expresa su admiración...

«Pero, indudablemente, lo que la Virgen prefiere es, ahora y siempre, por encima de todos los fangos de la tierra, su milagrosa pureza.»

Limpidez. De alma y de cuerpo, de sentimientos. De corazón y de inteligencia. He ahí un ideal para quienes de verdad, porque aman a la Virgen, quieren parecerse a Ella.

(«María entre Nosotros».- Nº 103)

UN EJEMPLO DE NUESTROS DÍAS

El Padre Pío es, como nuestros lectores saben, uno de los estigmatizados del siglo XX.

El Padre Pío es un franciscano muerto recientemente. Tenía una gran devoción a la Señora, y su rezo preferido era el Santo Rosario.

Un día le preguntó el Superior:

–¿Cuántos rosarios ha rezado hoy el Padre Pío?

–A mi superior –contestó– hay que decirle la verdad. Llevo rezados 34 rosarios...

–¿Tantos?

–Sí. Ya sé que esto no es para vosotros. Iríais al manicomio si os pusieseis a rezar 34 rosarios al día.

Es un ejemplo de nuestros días. Y pensar que muchos de nosotros no somos capaces de rezar ni uno solo...

(«El Santo».- PP. Capuchinos. Santander)

UN VALIENTE Y SIMPÁTICO JOVEN

En el cuartel se ha perdido un rosario. Y encontrándoselo el Jefe ateo y descreído, con acento burlón pregunta:

–¿De quién es este amuleto?

–Mío– responde un mocetón que sale a recogerlo con cara alegre y sonriente, como quien ha encontrado un tesoro. Y, tomándolo en sus manos, depositó un beso entre sus cuentas.

Nadie se burló de él. Todos se admiraron de aquel gesto de valentía.

Era el mejor de los soldados. Valiente y simpático, alegre y puro como una azucena.

Rezaba el rosario, y merced a la protección de la Virgen, vivía en gracia de Dios en medio de tantos peligros.

Ningún joven, ningún cristiano debe salir de casa, sin esta arma secreta y poderosa. Con ella, seguro que vencerá.

(«Lyceum».- Cáceres)

EL ROSARIO DEL CARDENAL

He aquí unas palabras que Mons. Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo, dijo en una conversación con el P. Taboada.

«Siempre rezo el rosario. Las tres partes, si me es posible. Casi iba a decir que no sé hacer otra cosa que rezar, pasar las cuentas del rosario, pidiendo que la Virgen realice lo que yo no puedo lograr.

Mire, P. Taboada, yo he llegado a un estado de convicción tal que a veces me paso horas ensimismado en soledad total, sentado en una piedra o debajo de un árbol, sin hacer nada, con el rosario en la mano, inmerso en Dios, transportado en la Virgen, y créame que es cuando más feliz me siento... cuando, impotente ante mí mismo, todo lo espero de Cristo a través de su Madre»...

No sé si a ustedes les ha sucedido lo que a mí al leer lo que antecede. Ha sido como si una ráfaga de aire puro viniera a clarificar el ambiente enrarecido y cargado, como ver brillar el sol en medio de la oscuridad y las tinieblas u oír unas deliciosas melodías cuando los oídos están ahítos de ruidos ensordecedores y de músicas estridentes.

Que alguien –un Cardenal– se «atreva» a retratarse sin miedo al qué dirán, sin temor a ser

tildado de «desfasado», haciendo esa hermosa exposición de sus más íntimos sentimientos hacia la Madre de Dios y el Santo Rosario, es algo que de verdad conforta el alma.

María Nieves Sanmartí

INTRÉPIDO PALADÍN

En una emboscada de la guerra europea del año 1914, cae prisionero Jacques Rivière en manos de los alemanes. En su calabozo reinaban impenetrables las tinieblas; pero las de su alma eran más densas y tétricas.

Materialista hasta la última consecuencia, hasta se complacía en sus dudas religiosas. «Me complazco en... no encontrar nunca mi respuesta», decía.

Pero la que es Redentora de cautivos bajó un día hasta su prisión y rompió sus cadenas.

«Ayer tarde, escribe, rezando la Salve Regina, hice uno de esos descubrimientos felices que se hacen de cuando en cuando en las plegarias; una de sus frases, escrita para mí y pronunciada hasta entonces sin reparar en su sentido, de súbito ha desleído sobre mi boca toda su dulzura: «Y después de este destierro muéstranos a Jesús...»

Rotos sus grilletes y disipadas sus tinieblas, fue un intrépido paladín de la causa católica.

(«El Eco Franciscano»)

UN PORTERO LLAMADO IRÍBAR

José Angel Iríbar una tarde fue a visitar el colegio de los Jesuitas de Indaucho, en Bilbao, cuando los estudiantes se hallaban rezando el Rosario en la Capilla. Iríbar se arrodilló en los últimos bancos para no llamar la atención de los muchachos, rezando también a la Madre común. Uno de los preceptores se dio cuenta de la presencia del gran futbolista y le invitó a dirigir una decena.

Los chavales se quedaron estupefactos al ver a su ídolo que subía al presbiterio para hablarles. El «sermón» de Iríbar fue espontáneo y cordial y entró como un balonazo en el corazón de los chicos. Sus palabras fueron éstas, aproximadamente:

«Hay que rezar, muchachos. Tenemos que parar sea como sea las tentaciones como el portero para el balón, y despejarlas lejos, muy lejos, hasta medio campo por lo menos. Si queremos ser algo en la vida tenemos que someternos a duros entrenamientos y a llevar una vida austera, y tenemos que aprender a obedecer. A mí, a veces, me costó mucho obedecer al médico, pues cuando estaba en el hospital el doctor me prohibió ver por la tele un partido porque me iba a poner nervioso... Hay que trabajar en equipo y no querer lucirnos nosotros sin saber dar juego a otros, para

que gane el equipo. Hay un equipo mejor que el Atlético y es el equipo de los misioneros cuyo seleccionador es nuestro Señor Jesucristo. Y ese es el mejor fichaje. Lo importante es ganar esa final que no se repite, que es la salvación del alma, porque al final de la jornada aquel que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada. La llegada al Ayuntamiento con la copa, cuando vencemos, me hace pensar en la entrada en el cielo, ganada la victoria definitiva.»

El «sermón» de José Angel Iríbar no tuvo nada de tostón y causó un gran impacto en el ánimo de la muchachada que escuchó con emocionado silencio aquellas palabras sinceras y luminosas de su idolatrado portero. Algunos padres que lo oyeron también, se enjugaron disimuladamente unas lágrimas furtivas. Un hermano lego comentó entusiasmado: «Es también un buen delantero. Nos ha metido un gol como una catedral.»

(«María entre Nosotros».- Barcelona)

INDICE

El Rosario en familia 3
Juan XXIII y la Virgen 5
Sebastián Elcano 9
La sonrisa de una niña 11
Se cumplió la profecía 15
¡Bendita sea tu mare! 16
¿Para qué se vive? 18
Gratitud a la Virgen 19
La bailarina 21
Sucedió así 22
Un pastor protestante 26
Fray Crispín de Viterbo, el «Santo Alegre» 28
«Yo también María» 31
El general Prim y el padre Carmelita fray Pedro 33
Así me lo contaron 37
Un presidente ejemplar 38
El caso de la anciana 39
Lo aprendió a los cuarenta años 41
Hoy como ayer 44
«Me inclino y creo» 52
Aquella sonrisa 53
O'Connell, gran batallador católico irlandés 56
Pío XI y el Rosario 58

Dios mío, gracias 59
Después de apagar las luces 61
De católico a protestante y de potestante a católico 63
En el bolsillo de la guerera 65
Cristiano como vosotros 67
Testimonio de un taxista 70
Decía el Dr. Recamier 72
Ingenua y sabia respuesta de una niña 75
Científico de fama universal 77
La Virgen del Pilar, para identificar a un «francés» 79
La fe de Gounod 81
Un viajero explorador 83
En un pueblo madrileño 85
Joven universitario 87
¿Ser solo ciego? 90
El escapulario azul 91
Cuenta una religiosa 92
Me rezará un Avemaría 95
Por quién sonaban las campanas 99
Ferviente devota de la Virgen 102
Te amo... con todo tu corazón 104
La Virgen y el melocotonero 106
Apóstoles minúsculos 108
Señora de nuestros amores 110
Sin una mancha 112
Un ejemplo de nuestros días 113

Un valiente y simpático joven 114
El rosario del Cardenal 115
Intrépido paladín 117
Un portero llamado Iríbar 119